

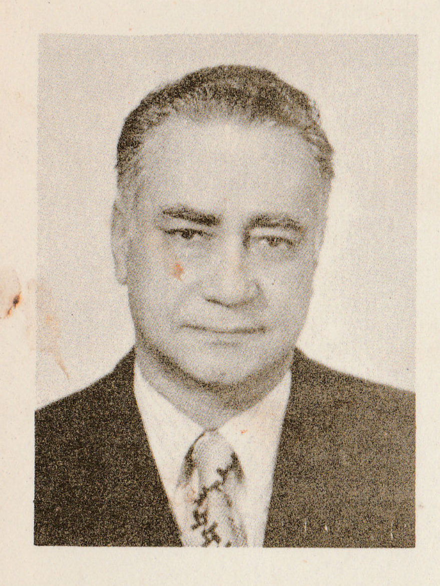
Taller Offset
Ministerio de
Educación

Lic. GUILLERMO PUTZEYS ALVAREZ
Ministro de Educación

Periodista ARTURO VIDAL DE LEON RODRIGUEZ
Editor

ROMANCERO del DOLOR GUATEMALTECO

EDUARDO RITTER AISLÁN



EDUARDO RITTER AISLAN, consagrado escritor panameño, vive en Guatemala, hace poco más de un año, donde desempeña el cargo de Director de la Oficina de la OEA.

Puede afirmarse, sin hipérboles, que desde el primer día cosechó, por su calidad de humanista pleno, el mensaje de su propia obra poética y su identidad con la cultura guatemalteca, plurales simpatías y merecida admiración.

Hay además un hecho que resalta aun más su señera personalidad y lo liga permanentemente a Guatemala: en nuestra tragedia nacional —fecha aciaga el 4 de febrero— ha sufrido desde la entraña; y el desmedido sufrimiento lo expresa en este *Romancero del dolor guatemalteco* con acentos íntimos, donde conjuga su propia angustia y la del pueblo sencillo y elemental en medio de su dilatada desolación.

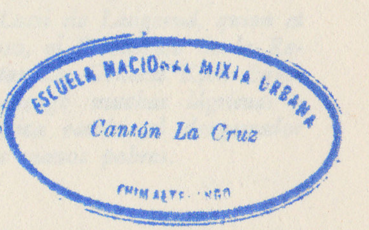
(*pasa a la otra solapa*)



ROMANCERO DEL DOLOR GUATEMALTECO

EDUARDO RITTER AISLAN

Romancero del dolor Guatemalteco



Guatemala
1976

Primera edición
abril 1976

Impreso en Guatemala, C. A.

Talleres Offset de la Editorial "José de Pineda Ibarra"
del Ministerio de Educación

A doña Helen Lossi de Laugerud, quien al lado de su esposo, el Presidente de la República de Guatemala, General Kjell Eugenio Laugerud, enjugó muchas lágrimas y llenó con munífica ración el desgarrador vacío de muchas manos pobres.

Conocí el desgarrado soliloquio de los seres sin brújula ni vía.

Alberto Velázquez

Ante sus ruinas trágicas y augustas nuestra alma emocionada sueña y llora.

César Brañas

Imágenes que se apresan como pájaros mansos.

Hugo Cerezo Dardón


Roberto
Gonzalez

AQUEL CUATRO DE FEBRERO

A Pedro Julio García, amigo de muchos años.

Entre la noche y el alba
de aquel cuatro de febrero,
una estruendosa embestida
sobre el borde de los sueños.

Fue un impulso al precipicio,
fueron las coces del viento,
fueron peñascos y olas
bajo un imperio de cuervos.

Yo vi membranosas alas
entre dormido y despierto;
sentí que rondaban libres
alimañas del infierno;
sentí impotentes resacas
de algún infantil lamento.

FUE EN UN RINCON DE ZACUALPA

A mis compañeros de oficina, Hugo Cerezo Dardón, Vilma S. Peralta, Zoila Rodríguez, Ana Marina Blanco, René Girón, Gerardo Castro y Hernán E. Fajardo, a quienes ni los trastornos personales, ni el desconcierto general, apartaron un solo segundo de sus deberes ordinarios.

Fue en un rincón de Zacualpa,
después del artero sismo,
cuando escuché este relato,
que me juran fue verídico:

El recio anciano de roble,
arrodillándose, dijo:
"Por la señal de la Santa
Cruz; de nuestros enemigos,
líbranos, Señor, Dios nuestro".

Guardó silencio un ratito
—silencio de piedra y puño—
miró luego al Crucifijo
y preguntó con voz recia:
"¿Qué de malo hizo mi hijo?

¿Por qué se cebó tu ira
sobre mi albergue tan mísero?
Que se perdiera mi rancho
no me produce fastidio,
que mientras el cielo exista
cualquier tugurio es abrigo,
pero perder mi patojo,
apenas si lo resisto".

Después se enjugó una lágrima
con la manga del vestido
y descargó su conciencia
de creyente campesino
con una súplica breve:
"Perdón, mi Señor, te pido;
yo no sé lo que me pasa,
ni sé lo que quiero y digo;
yo era un pobre resignado
y él era mi único hijo.
Comprenderás que yo piense
que tu ira fue conmigo,
tal vez porque nunca ayuno,
ni voy a Misa el domingo,
pero te juro que nunca
hice mal a mi vecino".

Y cuentan que el Hacedor
le habló muy quedo al oído:

"Comprendo tu turbación
y no pecas, hijo mío,
si en un momento nubloso
no me creíste contigo;
no siempre aparecen claros
mi voluntad y designios.
Soy un misterio insoluble,
soy el fin, soy el principio
de cuanto existió y existe.

Aunque soy juez, nunca arbitro
con un asomo de ira,
ni con afán de castigo;
mi reino siempre es de amor,
aunque parezca distinto.
También soy guatemalteco,
porque esta tierra y sus hijos
con sus cielos y montañas,
son el milagro bendito
de mi poder sempiterno.
Bien, ahora quiero decírtelo:
Si yo permití el dolor
en mi hijo Jesucristo,
si no derribé su cruz,
ni suspendí su martirio,
no fue por cebarme en El,
ni prolongar su suplicio.
Sobre su cruz y su sangre,
han podido izar los siglos
sus insignias de esperanzas.
Si Guatemala ha sufrido
—¡y yo soy guatemalteco!—
mucho más que otros mis hijos,
es porque sé que ninguno
puede al dolor recibirlo
con más bizarra energía
y hacerlo feraz estímulo
para el mundo con que sueña
mi sed de Padre Divino.
A Guatemala en su carne
clavó su clavo el martirio,
mas ella apunta, así herida,
con los arcos de sus bríos
y las flechas de su fe,
hacia el blanco de un destino
que ya tiene el mismo azul
del firmamento infinito".

El recio anciano de roble
se aproximó al Crucifijo,
besó sus sangrantes pies,
y prosiguió su camino
con su morral y machete,
con su azadón y su pico,
para sembrar una flor
sobre la tumba del hijo.
. . . .

Fue en un rincón de Zacualpa,
después del artero sismo,
cuando escuché este relato
que me juran fue verídico.



NEMESIO MARTINEZ PEÑA

En una fosa sin cruces
—sólo tierra, mucha tierra—
hinca y eleva su adiós
Nemesio Martínez Peña.

En una fosa sin flores
—sólo piedras, muchas piedras—
nadie sabrá que reposa
el indio que en vida fuera
una oración de rodillas,
en el atrio de la Iglesia,
un azadón sin descanso,
un morral para la leña
que era su fuego y su lumbre,
una aflicción sin riberas,
y una tortilla y un ron
para aturdir la miseria.

En una fosa sin lápida
—sólo huellas, muchas huellas
de callosos pies desnudos—
Nemesio Martínez Peña,
a su súplica de paz
encontró al fin la respuesta.

Aquel cuatro de febrero
—sólo el fulgor de una estrella
que entró a hurtadillas y tímida—
a la furia de la tierra,
el adobe de su albergue
se entregó sin resistencia.

Murió sin una oración
quien tan buen cristiano fuera;
murió como un ciervo cándido
aprisionado en la selva,
quien nunca hizo daño alguno,
ni musitó una protesta.

¡Así es de extraño este mundo,
Nemesio Martínez Peña!
Quizás la vida sea un huésped
que a nuestro aposento llega,
nos regala y nos exige
y sin aviso nos deja.

. . . .

Yo te quiero liberar,
Nemesio Martínez Peña,
de la prisión del olvido
cuando remuevan la tierra
donde hallaste sepultura
sin inscripciones ni piedras,
tú que fuiste parte y gloria
de patria guatemalteca.

No fue inútil sacrificio,
ni fue una estéril ofrenda
tu anónima muerte oscura,
Nemesio Martínez Peña.

En el altar donde oficia
el alma guatemalteca,
su sacra misa de angustias,
será del culto una regla
invocar tu sacrificio
para instalar en la tierra
un reino de pan y techo,
cuyas ventanas y puertas
al peregrino se abran
y en cuya pródiga mesa
ninguna ración se niegue
a quien con hambre se acerca.

Cuando las noches escriban
su contrición en esquelas
de misterioso negror,
si alguno no te recuerda,
será porque nunca supo
que si hay flores y promesas
en esta tierra bendita,
es, sin duda, por las huellas
que los callos de tus manos
esculpieron en las eras.

Ahora que estás en el cielo,
Nemesio Martínez Peña,
por todos nosotros pide,
por todos nosotros reza,
que tu vida y tu oración
han de tener mucha fuerza,
porque tú eres parte y rito
de la fe guatemalteca.

Al inmolarte el Señor,
te hizo mártir de su Iglesia,
para que ayudes y guíes
a tus hermanos que esperan,
a tus hermanos que sufren,
Nemesio Martínez Peña.

Tu nombre será el de todos
los que entre escombros y piedras,
entre cenizas y lágrimas,
transubstanciaron las penas
para darle al porvenir
nuevos parales de estrellas.



PORQUE ESTUVE EN TU DOLOR

Porque yo sufrí contigo
en aquella noche aciaga;
porque te veo enarbolar
el linaje de tus alas
sobre una herencia de escombros;
porque cenizas y lágrimas
no han fatigado tu ánimo,
ni han apagado la lámpara
con que se alumbra tu espíritu;
porque tú alargas el alba
con las raíces del aire
y no dejas que las aguas
del desaliento te inunden;
porque esgrimes bien el arma
con que se vence la incógnita
de un empañado mañana;

porque la asfixia y el polvo
de tus calles desoladas
no han asfixiado tu fe,
ni han agrietado tus ansias
de rescatar lo perdido
en una nueva batalla;
porque de nuevo comienzas
a edificar una patria
con mil columnas de amor;
porque no hubo en tu palabra
ni un grito ni una blasfemia
cuando era tu pena tanta;
porque te veo atravesar
infortunio y malandanza
sin un lamento cobarde,
quiero pedir, Guatemala,
que nadie me niegue nunca
este derecho del alma:
¡si yo estuve en tu dolor,
debo estar en tu esperanza!



El campesino que sale,
con morral y con aperos,
a buscar el pan del día,
no espera encontrar senderos
con algodones y rasos,
sino nopales espesos
que sangrar harán sus pies,
mas no arrancarle un lamento.

Quien el sustento procura
en los talleres de obreros,
sabe muy bien que la noche
sólo preludia un incierto
amanecer caprichoso,
mas él no renuncia al reto,
ni se encoge con la inopia,
ni se desborda en lamentos.

La historia de Guatemala
es un constante comienzo,
es un andar fatigoso
en medio de impedimentos,
pero sus hijos ya saben
que, junto a cada tropiezo,
encuentra un retoño el alma,
encuentra el alma renuevos.
Y si en la lucha sucumben,
otros les toman el puesto
y sin quejarse prosiguen,
que en Guatemala el lamento
está proscrito en los hombres
cuando el destino es adverso.

Por eso puedo decir
—¡y hasta decirlo sin riesgos!—
que entre pavesas y ruinas,
entre herrumbrosos desechos,

desbaratados ladrillos
y amenazas de despeños,
ya se vislumbran los astros
de luminosos destellos.

Se terminó de imprimir el día 26 de abril de 1976, en Talleres Offset de la Editorial "José de Pineda Ibarra" del Ministerio de Educación, Guatemala, América Central. Esta edición consta de 2,500 ejemplares en papel bond 80 gramos.

Vienen a buena cuenta los conceptos que sobre su obra expresó el académico Ismael García S., cuando Eduardo Ritter Aislán ingresó a la Academia Panameña de la Lengua: "...nos encaramos a la palabra acuñada para la intimidad o 'apta para el alma'. Su exacerbación subjetiva eclipsa todas las demás facultades y se derrama en una angustia retenida para dar concreción y forma a su profundo y delicado mundo interior, donde se confunden ansias, alegrías, nostalgias y tristezas en una fantasmagoría poética de templada temperatura sentimental".

Eduardo Ritter Aislán ha dedicado su vida a la docencia, la función pública, el periodismo, el mundo internacional y, desde luego, a cumplir su vocación poética.

Obtuvo su grado de Licenciado en Humanidades de la Universidad de Panamá y el de Doctor en Filosofía en la Universidad Javeriana de Bogotá, Colombia. Fue profesor de Filosofía en la Universidad de Panamá y de Lenguas Romances en Howard University (Washington, D. C.) y Washington and Jefferson College (Washington, Pennsylvania).

Desempeñó el cargo de Ministro de Educación Pública durante el gobierno del Presidente Marco A. Robles. Ha sido Embajador de Panamá en Colombia, España, las Naciones Unidas y la OEA.

En relación a su obra poética, obtuvo el primer premio de literatura en Panamá (Concurso Ricardo Miró, con su libro *Rosicler*) y el segundo premio en los Juegos Florales Centroamericanos de Quezaltenango. Ha publicado doce tomos de versos y varios ensayos. Entre los primeros es importante mencionar los siguientes títulos: *Umbral, Crisálida, Mástil, Espigas al Viento, Silva de Amor y otros Poemas, Así Hablaba Bem Asser, Cien Poemas Breves* y *Tornasol*.